

negocio con algunos obispos amigos de la Compañía. Véase lo que contestaron ambos á esta indicación:

«La gracia y paz de Cristo nuestro Señor sea siempre con nosotros. En lo que V. R. escribe de la aprobación de nuestro instituto por el concilio, responderemos primero lo que nos pareció á nosotros, y después lo que pareció al Rmo. Obispo de Calahorra, con quien sólo lo hemos comunicado. Á nosotros nos parece que no querrá el concilio ponerse en esta aprobación, así porque ninguna religión se lee que haya sido desta manera aprobada, sino solamente por el papa, como porque tienen mucha prisa de irse, y aun las cosas necesarias no quieren tratar. Y para no haberse de aceptar, siempre se perdería en proponerla, aunque si se aceptase á tratarse, no dudamos que los más votos fueran en favor, y pocos en contrario, aunque siempre habría algunos. Y si en alguna manera se hubiese de tratar, que el papa escribiese al concilio, cometiendo que deputase algunos para ver nuestro instituto, y proponiendo se confirmase con el sigilo [sello] del concilio. Y para esto fuera muy á propósito ya hechas las constituciones y vueltas en latín, porque del instituto que está en la bula (1) quien dudase, no parece que sería cristiano.

»Lo mismo pareció al obispo de Calahorra, añadiendo que las contradicciones nos aprueban harto y nos dan la vida, etc. Era también de parecer que lo comunicásemos con otros dos perlados españoles, que son el de Granada y el de León, y á nosotros nos ocurrió el comunicarlo con el Pighino, por ser hombre entendido en las cosas del derecho y sernos aficionado y de buena pasta. Pero no hemos querido hasta saber resolutamente la conclusión de V. R. Porque si después de haberlo encomendado á nuestro Señor y deliberado consigo nos dijere que entendamos en esto, cerraremos los ojos y meteremos las manos en la masa. Y habiéndose de hacer, mejor es no consultarlo con ninguno, que tener después los consultores de parecer contrario, por haber dado consejo contrario. Esto es lo que se nos ofrece. V. R. con brevedad nos responda, porque haremos cuanto nos mandare, placiendo á nuestro Señor. El cual á todos conserve y aumente en su santa gracia.—De Trento á 22 de Diciembre de 1551» (2).

(1) Se refieren Laínez y Salmerón al resumen de nuestro instituto, que se incluye en las bulas de Paulo III y Julio III.

(2) *Epistolae P. Laínez*. Trento, 22 de Diciembre de 1551. Firmada por Laínez y Salmerón, y autógrafa del segundo.

En vista de estas razones, renunció San Ignacio al intento de pedir al concilio una aprobación expresa de nuestro instituto. Mas ya que esto no se podía, procuraron Laínez y Salmerón, visitando á los principales obispos y á los más ilustres teólogos, darles á conocer en coloquios particulares la manera de vivir de la Compañía y los ministerios en que se ocupaba. Utilísimas fueron estas conferencias privadas. Ellas dieron por fruto la acendrada amistad del obispo de Clermont, Guillermo de Prat, que nos fundó tres colegios en Francia; el afecto y protección que siempre nos dispensó el célebre arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero. Entonces empezó la amistad de D. Gutierre de Carvajal, que luego había de fundar el colegio de Plasencia. Finalmente, allí se iniciaron ó se arraigaron muchas relaciones ventajosas de la Compañía con varios prelados y teólogos, que volvieron á sus tierras bien impresionados sobre nuestras cosas, gracias á las virtudes y prudentes razones de Laínez y Salmerón. Razón tenía el segundo cuando escribió á San Ignacio que aquello era sembrar para coger después.

12. Sólo un hombre hubo á quien no lograron despojar de los prejuicios injustos contra la Compañía, y fué el tan conocido teólogo Melchor Cano. Oigamos la entrevista que tuvieron con él los Nuestrros, tal como la cuenta Ribadeneira, quien la oyó de los labios del mismo Laínez:

«Entre los otros teólogos que el emperador Carlos V, como rey de España, envió al concilio de Trento, fué uno el M. Cano, en compañía de D. Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, y del Dr. Cuesta, obispo de León; de Fr. Domingo de Soto, de la Orden de Santo Domingo, y de los PP. Fr. Alonso de Castro y Fr. Andrés de Vega, religiosos de San Francisco, todos hombres graves y doctos y tenidos por la flor de España. Cuando llegaron á Trento, hallaron en el concilio por teólogos de Su Santidad, á los PP. M. Diego Laínez y M. Alonso Salmerón, religiosos de la Compañía de Jesús; y como en la edad eran mozos, y en su vestido y trato pobres, y se ejercitaban en enseñar la doctrina cristiana y en otros actos humildes, conforme á la instrucción de N. B. P. Ignacio, al M. Cano (que se mostraba más celoso de la honra de España) le hizo mal estómago el ver allí aquellos Padres españoles, temiendo que por ellos perdería su nación la opinión de letras que por él y sus compañeros, varones de tan grande autoridad, en aquel teatro del mundo podía ganar. Después, como vió que á los Padres se les daba el primer lugar como á teólogos de Su Santidad, y que los legados del concilio se servían de ellos en

todas las cosas de importancia, y que sus dichos y pareceres eran tan aceptados y tan bien recibidos de todo el concilio, tuvo disgusto que le fuesen preferidos, y que se hiciese más caso de ellos que de su persona, siendo tan calificado y eminente. Juntóse con esto la ocasión que aquí diré. Como la Compañía entonces era nueva y no conocida, y en Trento estaban los prelados y letrados más principales de la cristiandad, parecía al P. Laínez que era bien informarlos uno á uno de la institución de la Compañía, de su fin y de los medios que toma para alcanzarle, y así lo hizo, y esta información que les dió fué provechosísima para la Compañía.

»Fué, pues, un día con el P. Salmeron á visitar al M. Cano, no sabiendo la acedia y sentimiento que tenía en su pecho por aquel afecto humano ó envidia (por llamarla así) que he dicho; dióle razón de nuestro instituto con verdad, llaneza y modestia, como hacía á los demás; y el M. Cano mostró luego su condición é ingenio, poniendo grandes dificultades en aquel instituto, y deshaciendo con argumentos lo que el P. Laínez le decía. Duró la disputa dos horas, en la cual me dijo el mismo Padre, que le tuviera lástima si los oyera, y viera lo mucho que al M. Cano había sufrido. Finalmente, como el P. Laínez le vió tan orgulloso y engreído, le dijo: «Ahora, »Padre, dígame por caridad una cosa, ¿es V. P. en la Iglesia de Dios »más que un pobre fraile de Santo Domingo?» Y como Cano respondiese que no: «Pues ¿por qué, dijo, toma el oficio de los obispos y »del Sumo Pastor, que es el vicario de Cristo, y los condena, repro- »bando lo que ellos han aprobado y aprueban?» Aquí dijo el M. Cano con una falsa sonrisa: «¡Ay, señor! ¿No quiere Vmd., maestro, que si »los pastores duermen los perros ladren?» «Que ladren, sí, respon- »dió el Padre, mas que ladren contra los lobos y no contra los »otros perros» (1).

Con estas palabras parece que se terminó el diálogo, según Ribadeneira, y sin embargo, sabemos que no concluyó así. Todo lo dicho en el párrafo anterior es verdad, pero también es verdad otra cosa, que ya la hemos visto en letras de molde (2) y la vamos á decir para dejar la verdad en su punto y para no privar á nuestros lectores de un hermoso acto de humildad practicado por Laínez. Es, pues, de saber que al cabo de estar disputando acaloradamente más de dos

(1) *De las persecuciones de la Compañía. Melchor Cano.*

(2) Fermín Caballero, *Melchor Cano*, p. 347. Arigita y Lasa, *El Doctor Navarro D. Martín de Azpilcueta, y sus obras*, p. 168.

horas, por fin Laínez, mohino de ver en su contrario tanta obstinación, echó á Melchor Cano adonde suelen echar los españoles á quien les fastidia demasiado, se levantó de la silla y se fué; pero al llegar á la puerta de la calle, serenado un poco el ánimo, y reparando en lo que había hecho, volvió corriendo atrás, entró en el aposento de Melchor Cano, púsose de rodillas, y le pidió perdón de la fétida frase que se le había escapado en un ímpetu de ira. Fermín Caballero, que leyó esa expresión en un libelo infamatorio del siglo XVII, la juzgó impropia del carácter de Laínez (1). Sin embargo, es auténtica, y en el diario del P. Nadal, año 1556, está con todas sus letras (2).

Añade Ribadeneira, que por estas y otras palabras que pasaron entre Laínez y Cano, quedó éste muy amostazado contra la Compañía, ¿Cuáles serían esas otras palabras á que alude el historiador? Sospechamos si ocurriría entre ellos algún conflicto de opiniones teológicas, pues, como todos saben, era algo atrevido en el opinar el teólogo dominico. Posible es que Laínez en conferencias particulares refutase alguna opinión de Melchor Cano, de donde éste tomaría pretexto para irritarse contra los Nuestros.

13. Pero si no lograron convencer á Melchor Cano, tuvieron la fortuna de traer á la Compañía uno de los teólogos que más se distinguían en aquel sagrado concilio (3). Martín de Olave, nacido en Vitoria, estudiaba en Alcalá el año 1526, cuando San Ignacio se dirigió á aquella universidad con ánimo de cursar la filosofía. Al entrar el santo en la ciudad por la puerta de Guadalajara, el joven Olave fué quien le dió la primera limosna (4). Después de estudiar algunos años en Alcalá, encaminóse Olave á París, donde cursó la teología y se graduó de doctor en ella con fama de aventajado ingenio. Allí tuvo amistad con el P. Juan de Polanco, pero no sabemos que ni en Alcalá ni en París tratase con San Ignacio. Concluídos los estudios, siguió la corte del emperador Carlos V en España y Alemania, gozando fama no menos de probidad y buenas costumbres que de doctrina y ciencia sagrada.

(1) Fermín Caballero, *Melchor Cano*, p. 364.

(2) *Epistolae P. Nadal*, t. II, p. 45.

(3) Todo lo que decimos acerca de la vocación del P. Olave lo tomamos del padre Ribadeneira (*Vida del P. Laínez*, l. I, c. VIII), el cual fué muy amigo del P. Olave en Roma, y le oyó contar los pormenores de su vocación.

(4) Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, l. I, c. XIV.

Aunque le sonreía bastante la fortuna y tenía buenas ocasiones de lucir su talento, con todo eso no descansaba en aquel género de vida el corazón de Olave, y ansiaba emplearse en algo más sólido que seguir la corte de un monarca. Por eso, el año 1548, cuando el emperador hubo vencido á los herejes, el Dr. Olave, asociándose al buen P. Fr. Pedro de Soto, determinó quedarse en Dilinga, y aceptando la dirección de un colegio que allí deseaba abrir el cardenal Otón Truchses, trabajar cuanto pudiese, ya en la enseñanza de la juventud, ya en la reducción de los alemanes á la verdadera fe. Santos eran los propósitos de Soto y Olave; pero surgieron tantas dificultades en la empresa, que ambos fundadores hubieron de renunciar á ella y cerrar el colegio. Ya que no podía aprovechar como quisiera á los herejes, determinó el Dr. Olave pasar á las Indias y trabajar en la conversión de los gentiles. Para esto envió á Sevilla los libros que había reunido en sus estudios, y él se hubiera puesto probablemente luego en camino, si no hubiera ocurrido entonces la segunda reunión del concilio de Trento. El cardenal Otón Truchses, arzobispo de Ausburgo, que estimaba sobremanera al Dr. Olave, quiso enviarle como procurador suyo al concilio. Admitió el doctor esta comisión por el gusto de conocer á tanto hombre sabio y de lucir su ciencia en teatro tan ilustre.

En Trento dió gallarda muestra de su doctrina, y «fué tenido, dice Ribadeneira, por varón muy docto y muy elocuente y gran disputador» (1). Trabajó grande amistad con los PP. Laínez y Salmerón, y como supiese de ellos el gran fruto que nuestros Padres hacían en las Indias, él, no abandonando su pensamiento de evangelizar á los infieles, escribió una carta á su antiguo amigo el P. Polanco, pidiéndole que le declarase el método y forma que tenían los Nuestros para convertir á los gentiles (2). Respondió Polanco, que la cosa era larga

(1) No dejan de traslucirse estas cualidades en una carta suya que conservamos, dirigida al P. Polanco. (Cf. *Epistolae mixtae*, t. II, p. 587.) Á propósito de recomendar á un pariente suyo que iba á Roma, refiere Olave á Polanco las disputas que ha tenido con el P. Salmerón sobre las opiniones de Catarino acerca de la presciencia y predestinación, de la gracia y del libre albedrío. Indica la opinión de San Agustín, nombra á los santos que le han seguido, recuerda algunos textos de la Escritura é insinúa la oposición que hay en estas materias entre Durando y Santo Tomás. Y ¿qué falta hacía todo esto para recomendar á un pariente? Muy poca, en ver'ad; pero á nosotros nos viene bien para confirmar lo que dice Ribadeneira, que el P. Olave era «muy docto y gran disputador».

(2) No se conserva esta carta, ni la respuesta del P. Polanco.

para carta, y que pues había de ir á España, podía pasar por Roma, donde de palabra se le darían todos los informes que desease. Cuando Olave leyó esta contestación, indignóse fuertemente, creyendo que Polanco le quería pescar para la Compañía, y concibió terrible aversión á ella.

«Pero Dios nuestro Señor, dice Ribadeneira, comenzó á seguir la caza que había levantado.» Sintió el doctor dudas y perplejidades acerca de su viaje á las Indias, y empezó á discurrir si no sería mejor entrar en alguna Orden religiosa, donde su celo podría emplearse más provechosamente, dirigido por la santa obediencia. Para resolver este punto, retiróse en la cuaresma de 1552 á un monasterio edificado en una isla del lago de Garda, sitio recogido y apacible y muy apto para la meditación. Allí suplicaba á Dios con muchas oraciones y penitencias, le manifestase su voluntad acerca del género de vida que debía seguir. Pronto sintió el doctor que Dios le llamaba á la vida religiosa; pero ¿en qué religión? Aquí fueron mayores las dudas. Parecíale á Olave que se hallaba dispuesto á vivir en cualquiera religión, pero en la cuenta de ellas no entraba la Compañía. Ofrecíase á Dios para abrazar cualquier instituto, pero siempre exceptuaba el de la Compañía. Con esto no hallaba luz su entendimiento ni descanso su corazón. Pasaba un día y otro día, pasó toda la cuaresma, y no se desvanecían las perplejidades. Llegó el día de la Resurrección, y poniéndose Olave á decir misa, cuando llegó á la comunión, empezó á rogar ahincadamente al Señor que tenía en las manos, se dignase mostrarle en qué religión le debía servir. Entonces, como si le traspasaran el corazón con un dardo, sintió dentro de sí, que Dios le quería precisamente en la religión que él exceptuaba. Tan clara se le manifestó la divina voluntad, que allí mismo hizo voto de entrar en la Compañía.

Tres días después, tomando la pluma, escribía estas palabras al P. Polanco: «Muy otro estoy, por la gracia del Señor, del que estaba cuando respondí á la de Vm., en la cual veo muy claramente ahora, que me aconsejaba lo que me cumple. *Hanc mutationem sola dextera Excelsi haud dubie effecit.* [Esta mudanza solamente la ha hecho, sin duda, la diestra del Excelso.] Á él sean dadas infinitas gracias para siempre. Yo iré sin falta, dándome nuestro Señor salud y ayudándome, en breve á ver á VVmm. y á conocer á Su Paternidad del Padre Ignacio por director y Padre en el Señor, para que con la lumbré que de su divino espíritu recibe, me enseñe y ordene, como á hijo y discípulo muy obediente, cómo tengo de servir á nuestro Se-

ñor» (1). El mismo año 1552 cumplió su propósito el doctor Olave, y aunque no vivió sino cuatro años en la Compañía, pues murió pocos días después de San Ignacio, pero en ese breve tiempo prestó notables servicios á nuestra Orden, como rector y primer maestro de teología en el colegio romano (2).

(1) *Epistolae mixtae*, t. II, p. 706.

(2) Polanco, *Historia S. J.*, t. III, p. 8.

## CAPÍTULO XVIII

OTROS JESUITAS ESPAÑOLES FUERA DE ESPAÑA.—BOBADILLA, DOMÉNECH NADAL, POLANCO, ETC.

SUMARIO: 1. Trabajos de Bobadilla en Bisignano.—2. Parte para Alemania en 1542.—3. Sus trabajos en Nuremberg, en Viena y en otras ciudades de Alemania hasta 1548.—4. Escribe dos Memorias contra el *Interim*, y por esto es expulsado de Alemania.—5. Nómbranle superintendente del colegio de Nápoles, y en vista de sus desaciertos en el gobierno, le aplican otra vez á las misiones.—6. El P. Doménech establece la Compañía en Sicilia.—7. Colegios de Mesina y de Palermo, sostenidos principalmente por los PP. Nadal y Doménech.—8. Empieza á distinguirse en Sicilia el joven Pedro de Ribadeneira.—9. El P. Polanco, terminados sus estudios, predica en Prato y Florencia.—10. Corrigele San Ignacio de algunas indiscreciones, y le toma por su secretario.—11. Empiezan á distinguirse algunos Padres españoles en el colegio romano.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae PP. Bobadillae et Roderici*.—2. *Cartas de San Ignacio*.—3. *Regestum litter. S. Ignatii*.—4. Biblioteca Vaticana (*Vat.-Lat.*, n. 6.222).—5. *Epistolae mixtae*.—6. *Litterae quadrimestres*.—7. *Epistolae P. Nadal*.—8. Polanco, *Historia S. J.*

1. Después de Laínez y Salmerón merece algún recuerdo el imperterritito P. Nicolás de Bobadilla. Aunque su falta de criterio y su carácter brusco, sacudido y algo jactancioso ocasionaban de vez en cuando graves disgustos, sin embargo, tenía de bueno que se entregaba de veras á los trabajos apostólicos, y afrontaba sin miedo los peligros (1). Terminadas las deliberaciones sobre la fundación de la Compañía, que, como vimos, se tuvieron en la primavera de 1539, envióle San Ignacio á la isla de Ischia, para componer las paces entre varias facciones que traían alborotada la tierra. El suceso fué felicísimo, y Bobadilla consiguió, no sólo el sosiego de la isla, sino la conversión y reformation de costumbres en muchos de sus habi-

(1) En el tomo siguiente hablaremos despacio de las faltas del P. Bobadilla, al referir el hecho en que más se manifestaron, que fué la primera Congregación general.